

ARGENTINA ROJO: “SEGUIMOS LUCHANDO IGUAL”

LA HISTORIA DE UNA ABUELA QUE LOCALIZÓ A SU NIETO Y TRABAJA TODOS LOS DÍAS EN LA INSTITUCIÓN. ARGENTINA COCINA PARA SUS COMPAÑEROS DE ABUELAS, QUE ALMUERZAN EN LA SEDE, COMO CUANDO TENÍA SU RESTAURANT. ELLA QUIERE QUE LA GENTE REFLEXIONE, PIENSE, ESCUCHE Y ACOMPAÑE A LAS ABUELAS.

Argentina nació el 19 de julio de 1923 en General Cabrera, Córdoba. Fue la penúltima de más de diez hermanos. Su papá era jornalero y su mamá se dedicaba al cuidado de la casa y de la familia. Quedó huérfana de madre a los tres años. Por esta razón, los hermanos menores se dispersaron: algunos quedaron con el padre y otros, con las hermanas que ya habían formado su propia familia. Argentina fue a vivir con una hermana. Tuvo que dejar la escuela primaria a los diez años para comenzar a trabajar. Atendió el teléfono en el consultorio de un médico, cuidó niños, trabajó en un hotel en las sierras y luego se trasladó a Buenos Aires.

Trabajando en una fábrica de bombones en el barrio de Belgrano, conoció a José Manuel Pérez. José era hijo de españoles, radical apasionado por la figura Hipólito Yrigoyen, “revoltoso”, fanático del turf. Era quince años mayor que ella. Él era delegado en la fábrica; a ella la política no le interesaba. “Hicimos amistad y qué sé yo, hasta que un día comenzamos a salir. Estuvimos cinco años novianando y en julio del ‘52 me casé”.

Tuvieron un puesto en la feria municipal y luego, una vez que se mudaron a Villa Parque, Caseros, fueron propietarios de un almacén durante quince años. Trabajaban codo a codo para salir adelante. El 10 de agosto de 1953 nació el único hijo, José Manuel. Y pudieron criarlo “con todo”. “José (Argentina lo llama así, con el acento en la o) era muy inteligente. A los siete años quiso aprender piano y a los catorce se recibió de Profesor Superior de Teoría y Solfeo. Como el piano era muy caro, le compramos un



Argentina Perez de Rojo, en la casa de las Abuelas.

“YO NO QUIERO QUE LA GENTE ME TENGA LÁSTIMA. QUIERO QUE LA GENTE REFLEXIONE, QUE PIENSE Y ESCUCHE QUE TODOS LOS CASOS DE ABUELAS SON DIFERENTES”

órgano. Le encantaba darle al teclado. Estudió inglés. Lo mandamos a un colegio privado”. Era un colegio religioso y José se integró a los Boy Scouts, donde se destacó como guía. “Y se fue comprometiéndose. Una vez me explicó que él quería que la gente no se muriera de hambre. ¿Te parece que los chicos tengan que estar abriendo la puerta de los taxis y que vivan en las villas donde se quema una casa y se queman to-

das?”, me decía. No quería ver abuelos tirados en la plaza, quería que un obrero ganara bien, que tuvieran su sueldo digno y una vivienda también digna. Que no existieran villas de emergencia. A mí me gustaba eso, yo estaba conforme. Y un día, no sé cómo surgió, me contó que era montonero”.

La familia ya se había mudado a Barrio Norte, en Capital. Habían comprado un restaurant en Austria y Beruti, al que llamaron “El Carioca”. Terminaron vendiendo este restaurant y mudándose después del segundo allanamiento. “A mi hijo lo buscaban antes del golpe. Ya en el ‘75 nos allanaron la casa. A mi marido lo vendaron todo y le pegaron. A mí me encapucharon y me hacían simulacros de fusilamiento. Uno decía: “Dale” y el otro hacía ruido con la ametralladora. Como dos horas. Tuve mucho miedo. Querían que les diga dónde estaba mi hijo. Y yo pensaba: “Que me maten, pero no les digo nada”. Ellos siguieron militando. No tenían miedo. Yo sí”.

“Ellos” ya eran José y su compañera, Patricia Julia Roisinblit. Se cono-

cieron en la militancia. José ya había dejado sus estudios de Derecho y Patricia ya no podía concurrir tampoco a la Facultad de Medicina. Corría 1975. Se fueron a vivir juntos cuando la primera hija, Mariana Eva, venía en camino.

El secuestro y la búsqueda

“El 6 de octubre de 1978 a las tres de la tarde, lo secuestraron a mi hijo. Lo sacaron de un negocio de librería y cotillón que tenían. Lo llevaron a su casa donde estaba mi nueva Patricia que estaba embarazada de ocho meses. Nos buscaron y como no estábamos, le dejaron la nena a mi hermana. A la noche nos avisaron y la fuimos a buscar. Mariana estaba acostumbrada a estar con nosotros, los chicos la dejaban en casa cuando iban al negocio”. La niña tenía quince meses. De sus padres se supo años después que habían sido secuestrados por la Fuerza Aérea y que Patricia había sido trasladada a la ESMA para el parto. El 15 de noviembre de 1978 dio a luz un varón, al que llamó Rodolfo Fernando, como José quería.

“Cuando se llevaron a los chicos yo estaba tan mal que no podía dormir: me iba a la cocina y escribía y escribía. Mi consuegra Rosa Roisinblit comenzó con los habeas corpus. La familia se aisló un poco, no se animaban a venir a casa y uno no se animaba a contar. Con el tiempo la familia entendió, los vecinos nos apoyaron, en el colegio Mariana era la niña mimada. No me movía de su lado para que no extrañara. Al poco tiempo mi marido enfermó. Estaba mal de salud, no pudo sobrellevar lo que nos pasó. Murió en el ‘89. Cuando Mariana comenzó el secundario, empecé a venir más a Abuelas. Antes venía cuando había algún acto. Ahora vengo todos los días”.

“Con la democracia creí que todo se iba a mejorar. Cuando comenzó el Juicio a las Juntas, estábamos contentos. Después nos desmoralizamos, fue para nada. Vino el Punto Final. Vino el indulto”. A Argentina le costó aceptar la desaparición de sus hijos. “A los nueve años de Mariana yo todavía pensaba que iban a volver. Mariana me dijo: “Ya deben estar muertos, si no ya hu-

bieran venido”. Mariana razonaba mejor que nosotros, que creíamos que podían aparecer”.

El encuentro

Rodolfo fue localizado en el 2000. Denuncias anónimas que llegaron a la sede de Abuelas indicaban que el joven en poder de Francisco Gómez, agente de inteligencia de la Fuerza Aérea, y su esposa, era hijo de desaparecidos. “Mariana vio que coincidían demasiado todos los datos y se fue con otra nieta ‘a ver’ al trabajo del chico. Cuando llegó al lugar y le dijeron cuál era, ella le dijo que ellos no se conocían, que ella era hija de desaparecidos y que según los datos él podría ser su hermano. Mariana llevaba el libro de Abuelas con las fotos de los papás y mamás. Se lo mostró y se lo dejó con una carta y le dijo que cuando quisiera la llamara. Él llamó ese día y vino para Abuelas y se sacó sangre para el análisis de ADN. Cuando me dijeron que vendría, yo pedí que me dejaran abrirle la puerta. Lo vi y supe sin duda que era mi nieto. Es idéntico a mi hijo. Yo no necesitaba ningún análisis”.

“De todas maneras el tema no está terminado: falta el análisis del Durand, él usa otro nombre, los apropiadores están presos por robo de bebés, que es una cosa muy seria. Él me contó que cuando era chico, un día le preguntó a la mujer si él era adoptado y como ella le dio una cachetada, él no preguntó nunca más nada”.

“Él sabe bien quiénes son sus padres, que no es hijo de los apropiadores. A mí me gustaría que fueramos una familia normal. Por ahora no va bien. Con Mariana sí nos llevamos muy bien. Ella es muy buena y muy inteligente. Escribe muy bien y escribió una obra para Teatro por la identidad, que me gustó mucho, la vi dos veces. Siempre le gustó escribir. Cuando era chiquita se tiraba pancita para abajo y escribía poesías, le ponía fecha y su edad. Eran para su hermano”.

Hoy, abuela y nieta trabajan juntas en Abuelas. Argentina sigue cocinando, como cuando tenía el restaurant, pero para sus compañeros de Abuelas que almorzan en la sede. Tartas, guisos, pastas... A la tarde, convida sus mates dulces a quien quiera acompañarla. Nunca falta a una charla que haya que dar, pero siempre se presenta y pide disculpas porque, según ella, no sabe hablar. Aunque cuando tiene la oportunidad, dice cosas como éstas:

“Yo no quiero que la gente me tenga lástima. Quiero que la gente reflexione, que piense y escuche que todos los casos de Abuelas son diferentes. Y que nos acompañen. Y cuando no haya más Abuelas y sigan los nietos, que los apoyen a ellos. Es bueno que la gente sepa lo que nos pasó y que no se olviden. A mí me gusta cuando vienen de los colegios o las Abuelas van para allá y los chicos preguntan, yo me pongo contenta. Yo quiero que no se olvide para que no ocurra nunca más”.

Y agrega: “En Abuelas todas estamos en la misma lucha. Nada cambió. Seguimos luchando igual. Si no te entregan a tu hijo, seguís luchando”.